
Nostalgia de la bomba*

Mauricio Montiel Figueiras



El silencio que cubre el desierto de Nevada en esta rojiza tarde de 1951 sólo puede ser calificado de geológico. Capas de añeja quietud se han ido acumulando como estratos minerales para construir la cordillera de desolación que atraviesa esta tierra de nadie. Aun el cielo tiene algo de mineral: las delgadas y escasas nubes que lo surcan hacen pensar en vetas al fondo de un extraño yacimiento azul al que accede únicamente el sol con sus radiantes zapapicos. El aire posee cierta terrosa cualidad que hiere los ojos y obliga a emprender un frenético ritual de parpadeos; ritual que Doug Ferguson practica desde 1947, luego de haber cruzado por primera vez la anónima puerta de los Lookout Mountain Studios y firmado el contrato que, a cambio de un buen sueldo, exigía silencio absoluto. Más que absoluto *pétreo*, se dice el cineasta de veintinueve años mientras barre con mirada llorosa el paisaje salido al parecer de una fotografía de Ansell Adams. No se le escapa —incluso, debe admitirlo, ha llegado a fascinarle— el filón paradójico de la empresa para la que trabaja: fundados por el gobierno federal estadounidense en las colinas de Hollywood, los Lookout Mountain Studios han reclutado a doscientas cincuenta personas para filmar en el más riguroso secreto las pruebas nucleares efectuadas por el Pentágono y la Comisión de la Energía Atómica en Nevada y los atolones del Pacífico. Pocas contradicciones tan flagrantes como apelar al sigilo en la capital mundial de la imprudencia, reino de la insidia y el rumor, feudo de tabloides y *paparazzi* que matarían por conseguir la exclusiva de la actriz de moda implantando el último grito del adulterio en la limpidez estival de una piscina.

Siempre que es enviado a una nueva filmación, Ferguson no puede evitar sentir una desesperada suerte de nostalgia por sus sueños de oropel, fantasías salpicadas de champaña y envueltas en un tenue humo de *cannabis* que a partir de *El cartero siempre llama dos veces* habían sido protagonizadas por Lana Turner. El cartero, sin embargo, había timbrado una sola vez en el departamento de Ferguson en las afueras de Los Ángeles para entregarle un lacónico mensaje que lo conminaba a prestar sus servicios cinematográficos a la nación; mensaje que, al fin y al cabo, había logrado llenar sus ensoñaciones de humo, aunque no precisamente de marihuana. La silueta de la Turner se desvaneció tras la primera nube en forma de hongo, tan portentosa como la del escándalo que cubriría a la diva el 4 de abril de 1958, luego de que su amante Johnny Stompanato, ex guardaespaldas del mafioso Mickey Cohen, fuera apuñalado por su hija Cheryl Turner con un cuchillo de cocina de nueve pulgadas. A siete años de distancia, de pie en medio de la tarde carmesí, Doug Ferguson ignora todo esto; ignora, aún más, que Stompanato será parte del telón de fondo que James Ellroy empleará para urdir su novela *L.A. confidential*, y que su cadáver brillará tanto que ocultará al de la madre del propio escritor, estrangulada en junio de 1958 y resucitada en *My dark places*, la magnífica y desgarradora autobiografía donde Ellroy ajusta cuentas con sus fantasmas angelinos.

* Este cuento está incluido en la antología *Planeta USA: se habla español*, preparada por Alberto Fuguet y Edmundo Paz Soldán, publicada por Alfaguara.

Banista, aguafuerte y aguatinata, ácido directo, 15 x 30 cm, 1998.



El zumbido de insecto de una caravana de *jeeps* militares rompe el silencio geológico. Ferguson arroja al suelo el cigarro que acaba de encender y lo aplasta no sin cierto nerviosismo; por alguna razón que todavía se le escapa está prohibido fumar antes, durante y después de las pruebas nucleares, otra brutal paradoja impuesta por los Lookout Mountain Studios. ¿Cómo comparar el daño de la nicotina con los más que probables posos de radiación en el cuerpo? Pese a que los empleados son regularmente sometidos a exámenes médicos, Ferguson no confía en las radiografías optimistas ni en los resultados negativos de los exámenes de orina. Una pesadilla recurrente así lo demuestra: vestido con una pequeña bata de un azul semejante al de los cielos de Nevada, Doug arrastra los pies por los asépticos y desolados corredores de un laberinto que algo tiene de hospital y de estudio cinematográfico. Una puerta se abre de golpe y él entra a un minúsculo consultorio ocupado sólo por un aparato de rayos X que irradia un fulgor diríase alienígena en la penumbra. Luego de colo-

carse tras la máquina, Ferguson descubre que hay alguien más en el cubículo; se trata de Lana Turner, su palidez facial acentuada por un immaculado uniforme de enfermera. La actriz mueve la boca rápidamente, emitiendo palabras que él no puede captar; todo lo que escucha es el crujiente dialecto de un radio prendido en algún rincón de la estancia, una transmisión militar en clave como las que cada noche atiende el veterano de guerra interpretado por Jon Voight en *Desert bloom*, obra maestra del delirio atómico. La Turner pulsa botones e interruptores y, justo cuando el rumor telúrico que había estado siempre en segundo plano alcanza su intolerable cúspide, Doug despierta. La imagen que flota en esos líquidos, primeros momentos de la vigilia es una radiografía de sus pulmones: bronquios y alveolos han sido suplantados por un hongo nuclear que se expande intentando consumir por completo la cavidad torácica.

Los *jeeps* se detienen con una sacudida que envuelve en un capullo de polvo a Ferguson y su reducido equipo. El militar de más alto rango, un

coronel brusco cuyos lentes polarizados esconden —se dice que nadie nunca los ha visto— unos ojos de acero azulado que remitirían al Paul Newman de *Fat man and little boy*, desciende del vehículo que encabeza la caravana con una solemnidad un tanto *démodé*. Seguido por dos soldados que no logran disimular su temor —desnudas, sus miradas obligan a pensar en animales adentrándose en territorio enemigo—, se acerca a grandes pasos al grupo de los Lookout Mountain Studios: un camarógrafo y su asistente aparte de Ferguson, que ha optado por prescindir de sonidista —inútil por lo demás— luego de que el anterior, al cabo de atestiguar su primera prueba atómica, asegurara durante una junta que no podía deshacerse del ruido de fondo que precede a toda explosión, ese temblor *in crescendo* que ahora oía por doquier: al abrir el refrigerador en busca de una cerveza o al calentar el Oldsmobile temprano por la mañana, en la radio tras las canciones de Doris Day y Bing Crosby, brotando de las bocinas del supermercado y las tiendas departamentales, filtrándose a los gemidos de su esposa y al llanto nocturno de su hijo, añadiendo a sus más profundos sueños una inquietud sonora que eliminaba cualquier registro visual. Un síndrome semejante al de las víctimas de guerra, que cristaliza en la anciana sobreviviente de Nagasaki de *Rapsodia en agosto*.

Al hallarse frente a Ferguson, el coronel, que según dicen las malas lenguas palia las infidelidades de su mujer —uno la imaginaría como la Jessica Lange de *Cielo azul*— con una inquebrantable rigidez marcial, hace chocar los tacones de sus relucientes zapatos de charol y gruñe dos únicas palabras: cinco minutos. A las que agrega, después de un casi imperceptible titubeo, otras dos: ¿estamos listos? Doug asiente desviando la mirada hacia el camarógrafo y su ayudante, que lo observan con una mezcla de euforia y ansiedad. Cuando vuelve los ojos hacia el coronel, éste ha levantado el brazo derecho. Es la señal que esperaba el resto de la comitiva para abandonar los *jeeps*: soldados, militares de variada jerarquía y cuatro hombres vestidos de negro con lentes oscuros. Extrayendo del bolsillo de la camisa las gafas protectoras con un anodino logotipo grabado en caracteres plateados, Ferguson se dirige a la cámara que ahí, en medio del desierto, montada sobre su trípode, parece más que nunca un espécimen caído del espacio exterior. El camarógrafo y su asistente se calan tam-

bién las gafas, desatando una coreografía de ahumados destellos entre el grupo de uniformes que se aproxima. Mientras hace unos mínimos ajustes al encuadre, Ferguson recuerda el ocaso de su primera prueba nuclear, la abismal impresión que le causó ver el epílogo del estallido: un cráter de dimensiones surrealistas como el que descubren los atónitos miembros de la Brigada del Sombrero en *Abuso de poder*. Pero ahora allí está el coronel, ajeno a todo mecanismo proustiano, ladrando y atendiendo instrucciones esotéricas a través de un enorme receptor cuya antena oscila obscenamente en el aire enrojecido de la tarde. Allí está el séquito militar cruzando las manos por la espalda, el camarógrafo y su ayudante tomando sus posiciones frente al trípode, la cuenta regresiva que comienza entre un borbotón de estática: un minuto. Allí está el cosquilleo que Ferguson siente preparar de golpe por su tobillo izquierdo, el rubio alacrán que se desliza con no demasiada cautela hacia la pantorrilla y el pánico que detona en un brusco zarandeo, la pierna que se mueve con un frenesí al que el resto de la comitiva hace caso omiso, los dedos que buscan y sacuden y la cabeza que se inclina y las gafas protectoras que salen volando y caen dentro de una grieta seguidas por el alacrán. Allí está el rumor que ha ocupado siempre un segundo plano onírico, fracturando ahora la quietud mineral de Nevada, reclamando el centro del paisaje que empieza a estremecerse hasta sus últimas nubes. Y allí está Doug, incorporándose con una súbita explosión de incredulidad en los ojos que atina a cubrirse con las manos justo cuando la luz más cegadora del mundo revienta el aire, la tarde, el horizonte, el desierto entero.

Cuarenta y seis años después, en 1997, al cabo de que un especialista en efectos especiales revele la existencia de los Lookout Mountain Studios y la cifra de películas filmadas por ellos —seis mil quinientas— entre 1947 y 1969, Doug Ferguson recordará ante la grabadora de un reportero de *Los Angeles Times* que el fulgor del estallido “era tal que podía ver mis huesos a través de la piel”. También recordará —la grabadora, sin embargo, ya habrá sido apagada por unos dedos manchados de nicotina— que su nostalgia se ha negado a renunciar a esa imagen: la exacta radiografía de unas manos por la que crece, marcando sabrá Dios el principio y fin de qué, el más bello de los hongos atómicos.